


EL  
BAZAR  
DE LAS  
SONRISAS






## EL BAZAR DE LAS SONRISAS

**A** veces en la vida, se encadenan algunas circunstancias que hacen que nazca una inquietud más fuerte que el miedo y la pereza. Y un día, sin saber por qué es ese día, puede ser por algo muy triste, o al revés, por algo alegre, te hace verte de otra manera, decides que quieres cambiar, que te falta algo, que aún no sabes qué es y que no pararás hasta encontrarlo.

Esto le ocurre a todo el mundo al menos una vez en la vida, aunque en muchos casos esa sensación se acabe enfriando antes de alcanzar la meta, e incluso olvidándola, apagando ese deseo.

Esto le ocurrió a **Andrea**, y quizá a ti, que lo estás leyendo, y aún no sabes muy bien por qué te llegó este texto. **Andrea** era una mujer promedio, ni rica, ni pobre, ni muy brillante, ni muy tonta, ni muy popular, ni antisocial, no tenía la mejor familia del mundo, pero tampoco la peor. Una persona que se puede parecer mucho a ti.

**Andrea** había ido perdiendo la sonrisa a medida que avanzaba la vida. El trabajo, la familia, estar en forma, saber de un montón de cosas, estar al día de otras más, y mil obligaciones que no caben en esta corta historia, le habían ido dejando con un semblante no muy triste, pero en ningún caso nadie la describiría como alegre.



Llevaba ya un tiempo en que le hacían tilín algunos vídeos que hablaban de mejorar interiormente, se había leído algún libro de autoayuda que no acababan de satisfacerle, aunque tampoco le parecían mal. No sabía muy bien en qué creía. De niña las creencias le resultaban más sencillas; te decían que había Dios; tú rezabas cuando tenías algún problema o cuando sentías que habías cometido algún pecado, lo dabas por hecho, eso te daba cierta paz, y ya. Pero a medida que había crecido, lo de Dios y todas esas cosas se habían quedado muy lejos, cuando no rechazadas completamente. Era algo que ni se hablaba en su círculo de amigos, ni ofrecía ningún interés. Había probado a ir a yoga, y si bien se sentía mejor, tampoco parecía solucionarle nada.

Pero, como todo el mundo intuye, si buscas, no se sabe muy bien por qué, aparece siempre alguna pista que te conduce a la respuesta, sutil, quizá disfrazada de libro o de conversación con una persona que no esperas, como si sonara una campanilla en la cabeza, y durante un minuto, una hora, un día, una semana o un mes... se abre como una ventana invisible, por la que necesitas mirar y respirar, como si entrara una brisa suave y fresca.

Eso le pasó a **Andrea** y quizá a ti también. Pero, ¿a dónde mirar y qué buscar, si ni siquiera ves la ventana, es sólo una sensación interna de inquietud, y hasta te da vergüenza confesarlo a tus amigos por miedo a que se rían?

Y entonces, un golpe irracional de intuición, la llevó a hacer una especie de conjuro, que sin saberlo era más mágico de lo que suponía:

**- Dios, no sé si existes o qué eres, pero si existes, ayúdame a ser feliz. La vida no me llena.**

Si alguno de nosotros hubiera podido mirar en su corazón en ese momento, habría podido ver una chispa de luz encendiéndose, como si una luciérnaga se hubiera posado en él. Una chispa que se comunicaba con sus ojos, iluminándolos sutilmente, y con su sonrisa, elevando ligeramente sus comisuras.

No le dio mucha importancia, pero se sentía rara. No sabría describir qué significaba rara, pero vamos, rara, como nerviosa, como cuando intuyes que algo va a pasar.

Y todo se desencadenó aquella misma Tarde.

• • •

Tenía que salir a comprar unos vasos, y lo que más cerca tenía era un bazar chino que habían abierto unos meses atrás.

**BAZAR DE LAS SONRISAS** era su nombre.


Curioso, ¿no? -pensó-.

Entró empujada por su prisa continua sin sentido. Cogió los vasos y fue al mostrador a pagar. Le sorprendió una especie de cuadro con un mensaje de motivación que había justo detrás del señor que atendía:

**TU VIDA MEJORA CUANDO SONRÍES**, decía el cartel, enmarcando el dibujo de una sonrisa enorme.

-Estoy de mensajes motivadores hasta la coronilla -pensó, sin dejar de mirar al cuadro-.





Al bajar la mirada hacia el mostrador donde había depositado los vasos, se encontró con la cara de un casi anciano con barba y rasgos orientales, donde sobresalía la franca sonrisa tanto en su boca, como en sus ojos, con la que la recibió.

Bueno, al menos éste practicaba lo que ponía en el cartel. No pudo resistirse a devolverle una tímida sonrisa.

- Son 3 euros -dijo, sin dejar de sonreír-.

- ¿Usted cree de verdad que sonreír mejora mucho la vida? -se sorprendió preguntando, sin reconocerse, y en un tono medio retador, que hasta hizo que se avergonzara de cómo había sonado-.

- Sí -respondió, sin inmutarse-.

Andrea seguía sin entender qué le estaba pasando, con lo tímida que era, jamás hubiera preguntado eso, pero era como si algo dentro de ella le llevase a polemizar con el anciano.

- ¿En serio? Es decir, ¿Que, si yo sonrío, me resultará más fácil pagar la hipoteca y la letra del coche?

- Sí -volvió a responder conservando la misma calma-.

Andrea cambió el rictus retador por la risa sarcástica.

- ¿Y si sonrío más y no funciona, usted qué me da?

- ¿Qué quiere usted que le dé? -respondió con un aplomo sereno que la sorprendió-.

El anciano chino no se apeaba ni de la sonrisa, ni de la calma, ni de la seguridad en sus creencias.


- ¿Y cuándo comienza a hacer efecto el método? Sólo por saberlo -siguió retadora-.

- Desde el primer momento.

Bueno, ¡esto era el colmo!

- Está bien -subió la apuesta Andrea- ¿Si mi vida no mejora mucho, usted me daría, por ejemplo, un coche?

- Sin ningún problema -volvió a responder el anciano casi sin pestañear-.



**Andrea** estaba como medio en shock. Era como si aquel hombre le estuviera vacilando, pero no tenía la sensación de burla por su parte, sentía paz, a la vez que se negaba a comprender qué estaba ocurriendo. En otras circunstancias le hubiera increpado diciéndole que si esto era una broma o qué.

- Pero... -añadió el anciano-.

- Ya sabía yo que había un "pero" -pareció adquirir seguridad esperando el truco que desvelara el contenido de lo que estaba ocurriendo-.

- Hay que cumplir dos condiciones, y necesito hacerle una advertencia.

- ¿Cuáles? -preguntó abriendo más sus ojos que incluso su boca-.

- Una, como dice el cartel: Tu vida mejora cuando sonríes, para que funcione hay que sonreír, no basta con saberlo, y no acordarse de sonreír en todo el día. La sonrisa debe estar presente continuamente.

Bueno, eso tenía sentido. Pero, ¿Cuál sería la segunda?

- Y la segunda, que a sonreír hay que reaprender, y cuando se hace de adulta, cuesta un poco de esfuerzo. La mayoría de las personas ya no saben sonreír. Lo hemos olvidado. Los bebés sonríen espontáneamente, en muchas ocasiones se comunican sólo con sonrisas. Y nuestra forma de vida nos va haciendo olvidar su poder, hasta que lo perdemos del todo, y sonreír se convierte en una excepción. Basta salir a la calle y mirar a la cara de todas las personas con las que te cruzas. Puedes comprobar que son muy pocas las que van sonriendo.

**Andrea** contempló su vida sin sonrisas en los escasos segundos en que aquel hombre le describía el estado de la humanidad. Tuvo que apoyarse en el mostrador porque le flaqueaban las piernas.

- Y... ¿Dónde se aprende? -preguntó como si la voz saliera desde lo profundo de una cueva-.

- Yo puedo enseñarle lo poco que sé -seguía sonriendo aquel extraño personaje-.

- Y cuesta... ¿cuánto? -preguntó-

- Nada -contestó-. Bueno sí, el compromiso por su parte. Si usted no se toma en serio su parte, yo no continuo.

- ¿Y la advertencia?

- Que una vez que comience a usar el poder de las sonrisas, es posible que muchas cosas en su vida comiencen a moverse o cambiar. Su energía es enorme.

Supongo que casi nadie se ha visto envuelto en una situación así de surrealista. Por lo que nunca estamos preparados para que nos ocurra algo mágico en la vida. Estamos tan acostumbrados a la rutina, que la puerta de las circunstancias mágicas está cerrada a cal y canto, y cuando se abre, no sabemos qué hacer.


- ¿Le interesa el trato?

Andrea estaba en un estado que dudaba si se había emborrachado o fumado algo antes de ir al bazar, pensaba como si lo hiciera en otro plano, sumergida en un mundo irreal.

- Sí -contestó, llevada por una fuerza interior que no parecía ser ella-. Bueno, me presento, me llamo Andrea.

- Yo Guang Shizhe. Guang para los conocidos. Y le voy a mandar un primer ejercicio, para que compruebe la enorme energía que mueven las sonrisas.





**Andrea** le miró con mirada de niña en su primer día de escuela.

- Desde que salgas por la puerta, y todas las veces que te acuerdes, cada vez que te cruces con alguien, simplemente sonríe. Aunque no te surja de manera espontánea, aunque sientas que es una sonrisa falsa. No importa. Simplemente sonríe. Y mañana vuelves y me cuentas qué ha ocurrido.


• • •

**Andrea** sentía que algo extrañísimo le estaba ocurriendo por todo el cuerpo, tenía el vello erizado y la piel como si la recorrieran minúsculas y agradables hormigas.

La primera sonrisa sí le surgió de manera espontánea y fue dirigida a aquel extraño e inesperado personaje. Cogió sus vasos y su sonrisa, y salió en dirección a su casa. A cada persona que se encontraba, la miraba sin dejar de sonreír. Había algo que parecía estar más allá de su voluntad racional que le llevaba a sonreír, junto a una sensación de pudor, porque no dejaba de repetirse: No sé qué va a pensar la gente de mí. Debo de parecer tonta.

La primera sorpresa fue observar la reacción de la gente. Parecía que había introducido un elemento que cambiaba la "normalidad", la mayoría le devolvía la sonrisa en un ejercicio de cortesía, sin entender muy bien por qué una desconocida les sonreía; otros se sentían raros, y retiraban rápidamente la mirada; los niños sin duda eran los que mejor reaccionaban, entendiendo el gesto y devolviéndolo aumentado. Lo que sí estaba ocurriendo, es que el ejercicio la estaba transformando por dentro.





El punto más inesperado fue su llegada a casa. Saludó a sus hijos con la misma sonrisa consciente que traía en los labios, y éstos se la devolvieron con otra encajada en un “hola, mamá”. Al llegar al salón, Mario la miró con esa mirada de trámite, que sólo certifica las expectativas: Andrea, había llegado.

Pero ella no disminuyó la fuerza de su sonrisa. Era la primera prueba de fuego.

- **Hola Mario.**

Mario ahora sí reparó en la sonrisa, y trató de adivinar qué había ocurrido en la vida de Andrea que la hacía parecer distinta.

- **¿Qué te ha pasado? Te veo muy sonriente.**

- **Pues si te lo cuento, no te lo crees.**

- **A ver... prueba -invitó con un cierto tono de superioridad-.**

- **Pues que he visto un cuadro en el bazar de la esquina que decía: TU VIDA MEJORA CUANDO SONRÍES. He hablado unos minutos con el señor que llevaba el bazar, y me ha asegurado que funciona, y estoy probando.**

- **Y tú... te lo has creído, ¿no? Hemos pasado de filosofía nivel meme de internet, a filosofía cuadro de bazar chino. Veo que mejoramos... -y se rio como se ríe alguien de todos los que considera inferiores, cuando hacen alguna afirmación que creen importante-.**

**Andrea** aguantó el tipo. Y por su mente pasó la tentación de responderle en su mismo nivel de sarcasmo, reclamándole la receta que le había llevado a tener esa mirada gris, material y fría, pero decidió que no. Que iba a seguir con el experimento y que hoy, al menos, no iba a dejar de sonreír. Así que cerró la situación con un:


- **Allá tú -sin modificar ni un milímetro la sonrisa-.**

Una extraña sensación de poder interior la llenó en ese momento. Se sintió dueña de su estado interior como pocas veces antes, sencillamente porque había decidido sonreír.

Notaba como si tuviera más energía, como si todo le costara menos, y ahora sentía una necesidad por sonreír, que sólo unas horas antes le hubiera resultado increíble.

No se duerme bien cuando se alteran los equilibrios emocionales. A solas con su almohada, trataba de entenderse y de entender qué estaba pasando. Se sintió un poco sola e incomprendida, pero más acompañada de sí misma, más segura, sin saber muy bien de qué.





La mañana empezó con una gran prueba mental. Sólo de pensar en ir al trabajo la alteró completamente. Era su primer día de trabajo con sonrisa permanente incluida. El desayuno fue una especie de tormenta de “no me atrevo”, y todo el camino una frase se repetía en su cabeza: van a pensar que estoy loca.

**Andrea** vivía cómoda en un segundo plano. No se metía con nadie, opinaba lo justo, resultaba muy educada, transigía con situaciones no demasiado pesadas por evitar conflictos con personas más beligerantes e impositivas, y sorteaba las confrontaciones con mucha habilidad. Por eso, cambiar el disfraz gris con el que acudía normalmente a trabajar, le estaba costando.

La sonrisa era demasiado luminosa en ese escenario de claroscuros y medias luces, pero comenzó practicando con la sonrisa callejera. Ir pendiente de sonreír la introducía en una dinámica de vivir el presente. Era consciente de cómo caminaba por la calle y sentía (a lo mejor se estaba volviendo loca) como si al sonreír, proyectara algún tipo de energía en la gente.

A veces, es imposible explicar qué nos pasa en el interior, algo que no confesamos a nadie, pero que se parece un poco a lo que le estaba pasando a Andrea. Si estás en ese punto, te pido un poco de paciencia.


Llegó al trabajo y saludó a todos con esa sonrisa que ya traía ensayada. La gente le devolvió el saludo, incluso en alguna ocasión una sonrisa, aunque no eran horas de sonrisas.

- ¡Qué bien te veo, Andrea! -le reconoció una de sus compañeras, consiguiendo ruborizarla-.

- Gracias -dijo, profundizando en la sonrisa como si encontrara más sentido a hacerlo-.

Cada interacción con los compañeros iba siempre acompañada de la sonrisa. Y para quien no esté habituado, si lo prueba, se dará cuenta de que, como le habían advertido, llega un momento que la energía de la sonrisa comienza a estar como muy presente en el ambiente, como si fuera un perfume, que la gente huele, pero no puede ver.

Incluso, uno de sus mejores amigos, se le acercó para decirle:



- Andrea, ¿te pasa algo? Es que estás rarísima, como si te hubieras tomado algo. Te he mirado varias veces a lo largo de la mañana, y siempre estás sonriendo. ¿En qué andas metida?

Andrea estalló a reír.

- Nada de nada. Es que he dormido bien -se disculpó-. Y me he puesto música que me gusta de camino al trabajo, y eso me hace sentir bien, pero nada de qué preocuparse, en cualquier momento vuelvo a ser yo -bromeó haciendo su clásico culebrear entre bromas y distracciones de atención-.

Andrea sentía que tenía un secreto que no debía compartir con nadie, porque nadie parecía dispuesto a hacer un ejercicio de comprensión. Llegó a la conclusión de que estamos en un tiempo donde, si alguien sonríe más que la media (y la media es muy baja), comienza a parecer sospechosa.

Tenía muchas ganas de que la jornada avanzara y poder volver a ver al anciano del bazar, y comenzar a aprender a sonreír. El sólo hecho de pensar que se pudiera aprender, la tenía muy intrigada. ¿No valía con sonreír y punto?


Hasta la comida parecía que sentaba mejor, sabía mejor, y una sensación de exceso de energía la llenaba, hasta el punto de hacerle pensar: ¡a ver qué hago con tanta energía!

• • •

Pasó el tiempo y ¡por fin llegaba la hora de la siguiente clase! ¿qué le podría decir?

Allí estaba el viejo Guang con su sonrisa a juego con el cartel de la pared.

- ¿Qué tal ha ido el primer día? -le preguntó-.



- ¡Increíble! Pero increíble en el sentido estricto de la palabra. Es como si todo se moviese, y me hace sentir nerviosa, incluso un poco insegura, pero a la vez con una fuerza interior inexplicable. Vamos, ¡que no me entiendo ni yo! -terminó arrancándose a reír-

- Bien -comenzó-. El camino de la sonrisa sincera no es fácil. Más adelante te explicaré por qué. Y hoy vamos a trabajar las causas por las que se pierde la sonrisa y los efectos que tiene. Pero mejor que hacerlo de una manera teórica, te voy a invitar a que lo hagas de forma práctica. Lo mejor es fijarte en la gente. La que sonríe mucho y la que sonríe poco. Seguro que en tu entorno tienes de las dos. Quiero que mires a sus ojos y también al contenido de lo que hablan y cómo abordan los temas que hablan. Qué momentos les borran la sonrisa y qué momentos se la provocan.

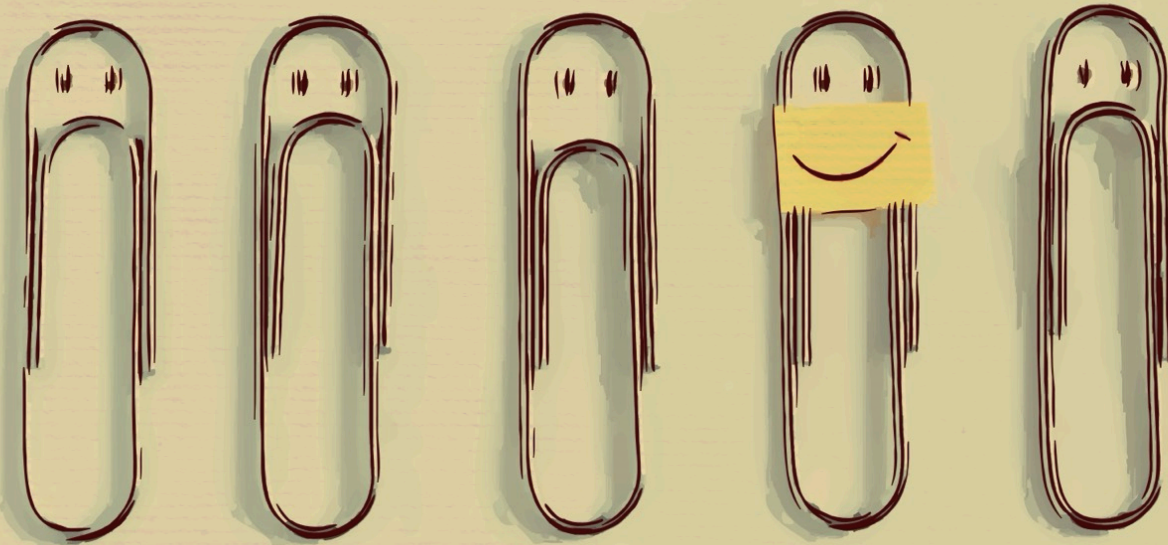
Andrea trató de repasar mentalmente las situaciones que le describía Guang.

- No lo hagas mentalmente a través de tus recuerdos. Simplemente observa. Mira a la gente que sonríe a los ojos, percibe su luz, escucha sus palabras, y a los que no sonríen, también, como si estuvieras haciendo un estudio científico. Sin juzgar.

Andrea se había puesto seria. Sentía estar subiendo un peldaño más en esa aventura en la que se había embarcado. Ahora tocaba observar a los demás en ese extraño experimento.

Salió del bazar tratando de sonreír a todo el mundo, pero sobre todo mirando a la gente. Se trataba de un ejercicio asombroso. Lo primero que percibió es que la mayor parte de la gente iba enfrascada en su mundo de pensamientos. La sensación de mirar a la gente por la calle era chocante. Tenía la impresión de captar hasta sus pensamientos con sólo mirarles de forma receptiva la expresión de la cara.

Cuando llegó a casa, las noticias en la televisión hacían de las suyas, generando miedo y cabreo en Mario, que las comentaba como si las hubieran creado para alterarle.



- ¿Te puedes creer cómo está todo? -le dijo tratando de que se sumase a su enfado vital-.

- Mario, no podemos enfadarnos por todo lo que ocurre. Así no podemos vivir, continuamente en tensión. Y además, porque nos enfademos no se soluciona nada.

- Vaya, ya llegó la new age de su curso de "sonría sin ganas". ¡Por lo visto, lo que hay que hacer es vivir en una burbuja de todo está bien y que happy es todo!

- Deberías plantearte si tú vives en otra burbuja de "todo está mal". ¿Por qué es mejor la tuya?


- Más bien vivo en la burbuja de "veo la realidad".

- ¿Qué realidad? Tú tienes tu realidad, yo la mía, los vecinos la suya, cada persona tiene una realidad. ¿No crees?

Se acordó de mirarle a los ojos y los encontró encendidos, pero sin brillo, como cuando arde un fuego de gomas, trapos o plásticos. Y se sintió muy lejos de ese fuego. No quería entrar en un mundo donde la luz fuese tan opaca.

- Andrea, a lo mejor te estás pasando de terapia de bazar chino. ¿No crees?

- ¿Cuál es la terapia? Es que no la veo.



- Entonces tienes dos problemas, tu mundo happy flower, y que no lo veas.

- Tú mismo, Mario. Puedes seguir intoxicado de tu mundo de realidad, si te hacer feliz.

Y se dio la vuelta hacia la cocina donde esperaban los niños jugando con la cena. Cenaron los tres juntos bromeando. **Andrea** aprovechó para dar ese paso atrás y ser consciente de sus miradas.

Descubrió algo desconcertante. Aunque el brillo en los ojos seguía una constante, cambiaba cuando decían cosas que les apasionaban. Cuando Alex contaba lo que le había ocurrido en clase al hacer un ejercicio bien, su cuerpo cambiaba, pero, sobre todo, sus ojos parecían llenarse de energía, Bea, lo miraba en esos momentos reflejando esa ilusión. Por el contrario, cuando Bea contó sus miedos respecto a una asignatura, fue como si se apagara todo un poco.

Andrea la abrazó.


- No tengas miedo. Siempre te pasa igual -bromeó, al sentirla dentro de sus brazos-. Concéntrate en estudiar y no pienses que es difícil, ni que vas a suspender. ¿De qué te sirve pensar en eso?

La luz regresó a sus ojos. Era asombroso cómo podemos cambiar en cuestión de segundos.

Llevaba dos días, y parecían dos años en su interior. ¡Qué poco se conocía!

La cabeza en la almohada se resistía a dormir. Cuando estás en un periodo de aprendizaje, es muy difícil parar el flujo de pensamientos en que te ves envuelta, y el nivel de energía con el que te llena esa ilusión de crecer.

• • •



El siguiente día en el trabajo fue un aprender sereno. Le costaba más sonreír que el primer día, donde la tarea era sólo sentirse bien para sonreír. Ahora es como si le llegasen los estados emocionales de la gente en la que se fijaba, y en alguna medida se contagiara de ellos. Estaba conociendo más a sus compañeros. Parecía como si mirase a su mundo de emociones a través de sus ojos, sus gestos, sus palabras.

Comenzó a darse cuenta de que había una correlación enorme entre lo que expresaban a través de su sonrisa o su no sonrisa, y las cosas de que hablaban o la emoción cómo hablaban de ellas.

Nunca jamás había creído, bueno, ni se había planteado, esa relación tan directa entre unas y otras.

Cuando llegó al bazar esa tarde, se dio cuenta de que había olvidado en algún lugar la sonrisa a base de tanto pensar y sentir y tratar de ver los sentimientos de los demás.

- ¿Qué tal ha ido?


- Bien -respondió serena-. Me está cambiando mucho la forma de ver el mundo. Lo veo más como desde dentro de mí, más consciente de lo que pasa en cada persona con la que me relaciono. Siento como si las personas fueran emisores de emociones, o algo así. No sé explicarlo muy bien. Pero ahora me cuesta más sonreír.

Guang rio con ganas. Risa que no alcanzó a entender Andrea.

- Cuando comenzamos el camino del autoconocimiento las sorpresas no cesan, porque cuando crees haber conocido algo que explica mucho de lo que te pasa, te llegan nuevas circunstancias que vuelven a descolocarte.

- Hoy quería comentarte, es posible que sea la última lección, cómo hacer para tener más sonrisas y para que nos dure más el "estado sonrisa". Las sonrisas no pueden ser el fruto de un esfuerzo por sonreír, sino el efecto de tu mundo





interior. Las sonrisas son como flores que se abren en nuestro rostro, pero sus raíces están en el corazón.

Y se trata de utilizar una facultad que determinará nuestra vida: la facultad de elegir. Y para eso te voy a proponer un ejercicio.

Camina por el bazar y trae 10 cosas que te gusten mucho, que te llevarías para casa.

Andrea le miró un poco bloqueada. Pero decidió intentarlo. No era muy de bazar que digamos, salvo para aspectos prácticos, aun así, superó esos prejuicios y fue recorriendo los pasillos. Algunas de las cosas que cogía eran para ella, otras para Mario, y otras para los niños.

Cuando tuvo las 10, regresó al mostrador.

- Ahora busca 10 cosas que te horroricen, que no llevarías para casa, ni a la fuerza jajajajaja -rio Guang-.

En esta ocasión lo tuvo más fácil, aunque a medida que avanzaba por el bazar, encontraba cosas que aún le gustaban menos, y tenía que soltar alguna de las que había elegido antes.

Llegó entre avergonzada y riendo con su selección.

- Bien pues coloca las que te gustan a este lado, y las que no te gustan a éste. Y ahora mira a las que te gustan, y piensa dónde las pondrías, para qué las usarías o qué sentirían las personas a las que se las dieses.

Andrea se sumergió en los posibles usos y utilidades de lo elegido, así como en las reacciones que causarían.

- Haz ahora lo contrario. Imagina tu casa llena de cosas como éstas.

- ¡No, por favor! - se rio-. Sería horrible.

- No sólo sería horrible, sino que además no estarías cómoda. ¿verdad?

- ¡Eso seguro!

- Pues la sonrisa, que fue lo que nos puso en contacto, se alimenta de lo que hay en tu interior. Si lo llenas de momentos

feos, tu sonrisa desaparecerá, si lo vas llenando de momentos bellos, surgirá sola. No hará falta que la fuerces.

- ¿Y, cómo se hace?

- Igual que con los objetos del bazar: eligiendo lo que aceptas o no. Elige a las personas, a las conversaciones que te hagan sonreír, elige cómo abordas los temas de manera que no te borren la sonrisa. Donde esté tu atención, será la fuente de la que se llena tu corazón. Sólo podrás sonreír con los ojos, si esa sonrisa nace sincera del corazón. La sonrisa es un buen termómetro de tu interior.

Pero muchas veces no eliges lo que te llega. Hay muchas circunstancias, conversaciones y personas que no eliges, como una enfermedad, una desgracia o una persona insidiosa.

- Sí, es así.



– Pero sí eliges cómo lo gestionas, la importancia que le das, y cuántas veces vuelves sobre los temas que te apagan, y si no te atrapan apenas te harán daño. El cuadro no dice que sonreír hará que tu vida sea perfecta, sino que mejorará mucho.

– Interesante.

– Pues hoy observa qué haces con las emociones y situaciones que te llegan. Trata de dedicarles la atención y el peso que tú decidas que te hace bien. Hay un pequeño truco que facilita el trabajo: no critiques, no te quejes, simplemente contempla las circunstancias.

– Interesante –volvió a repetir–.

– Ahh, y llévate las 10 cosas que te gustan. Regalo del bazar.

– ¡No puedo aceptarlo! ¡No sólo no me cobras por las clases, sino que además me regalas estas cosas!

– ¿Ves? Ya elegiste. Has elegido no recibir un regalo. Si te lo doy es porque puedo dártelo. Es parte del aprendizaje.


Andrea salió con dos bolsas del bazar, pensando qué haría con todo lo que se había llevado.

Al llegar a casa comenzó a repartirlas entre todos. Hasta Mario se sorprendió devolviéndole una sonrisa.

– ¿Y esto?

– Pues ya ves, que pasé por el bazar a buscar una lección, y me vengo con regalos para todos. Es como si fueran los reyes magos, pero de septiembre, ¡porque yo lo valgo! –y los dos compartieron las risas que provocaban esa seguridad que inspiraba ahora Andrea–.

Le costaba dormir. Era como si en sólo tres días fuera una persona diferente que tenía que conocer, como si todas las cosas que creía seguras en su horizonte, hubieran desaparecido y tuviera que reaprender a vivir con una nueva Andrea. Todo era confuso y difícil de expresar con palabras.



Sentía también miedo. ¿Y si alguna estructura de su vida se derrumbaba? Quizá era mejor lo malo conocido, que lo bueno por conocer.

Todo había comenzado por un letrero de bazar sobre el poder de las sonrisas, y ahora sentía un terremoto que no le hacía sonreír precisamente.

Pero se sentía más fuerte, y esa sensación le devolvió la paz, justo antes de cerrar los ojos y dormir.

• • •

Pasaron varios días antes de que pudiese volver al bazar. Quería comentarle a Guang sus progresos, su nueva forma de estar más consciente de sus emociones, y de que nunca había disfrutado tanto perdiendo una apuesta.


Habían cambiado el rótulo, ya no ponía bazar de las sonrisas, sino **BAZAR TODO PRECIO**. Debía ser que se vendía más prometiendo buen precio que sonrisas. Preparó la broma para cuando llegara.


Guang no estaba detrás del mostrador. Una mujer oriental muy seria la vigilaba, tratando de adivinar por qué **Andrea** miraba extrañada.

- ¿No está Guang? -preguntó inquieta-.

- No, ya no trabaja aquí, tuvo que volver a China -zanjó cortante, como si le molestase el tema-.

**Andrea** miró al cuadro con nostalgia. Si hubiera estado sola, es posible que hasta hubiera dejado correr alguna lágrima. Al menos el cuadro seguía prometiendo mejorar mucho la vida cuando sonreías.





En un arranque de inconsciencia, le señaló el cuadro a la señora. Ésta se giró, y la miró como se mira a una persona a la que se considera estúpida. Descolgó el cuadro y le dijo:

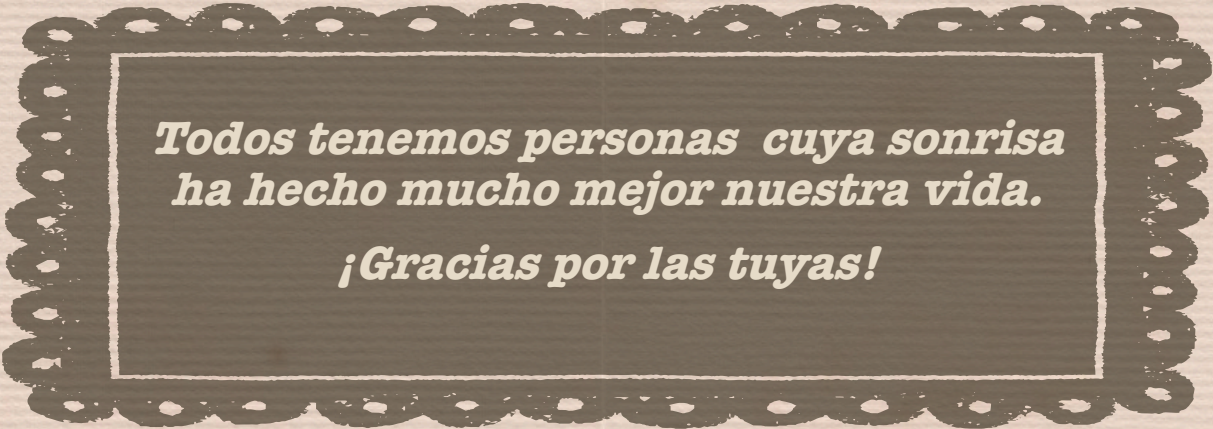
- **Se lo rebajo a mitad de precio, si lo quiere.**
- **Está bien, me lo llevo.**

Andrea salió del bazar con su abracadabra particular, la que había abierto la puerta de sentirse mejor. Quizá todo había sido fruto de su imaginación, y el bazar nunca se había llamado así, ni nadie le había enseñado a sonreír, pero le daba igual.

Cerró los ojos, apretó el cuadro contra ella y envió un gracias a Guang, estuviera donde estuviera, por haberla acompañado en este primer paso.

En muchas ocasiones, sólo necesitas dar un primer paso buscando tu felicidad, para que el camino que antes no veías, aparezca ante ti. A veces ese primer paso parece insignificante, como decidir sonreír más, pero como le diría Guang:

### **¿QUÉ PIERDES POR INTENTARLO?**



***Todos tenemos personas cuya sonrisa  
ha hecho mucho mejor nuestra vida.***

***¡Gracias por las tuyas!***